

421-422 OPUSCULUM DECIMONONUM. DE ABDICATIONE EPISCOPATUS. AD NICOLAUM II ROM. PONT.

ARGUMENTO.

Orat pontificem summum, suppliciterque obsecrat, ut sibi episcopatus onus deponere permittat: causas praecipuas affert, quod senior sit, et idcirco quieti magis quam laboribus idoneus; quod illud laboriosum munus non sponte, sed coactus suscepit, et denique quod propter sua peccata, ut ipse inquit, indignus sit qui in tam excelso honoris et dignitatis fastigio sedeat. Licere autem, si ita tempus aut ratio postulet, episcopatu se abdicare, plurimis sanctorum virorum et exemplis et auctoritatibus comprobat. In fine Deum precatur, ut eam pontifici mentem det, qua suis votis satisfaciat.

A su señor NICOLÁS, papa universal, PEDRO, pecador monje, servidumbre.

El santuario del Espíritu Santo reconoce vuestro pecho, porque si no me hubiera impulsado entonces la necesidad de la sede apostólica, y la antigua caridad que desde hace tiempo tenía hacia vosotros no me hubiera invitado, después del fallecimiento del señor Esteban de santa memoria, vuestro predecesor, pero mi perseguidor, yo habría cortado de raíz el episcopado no canónicamente otorgado, sino violentamente impuesto. Recordáis, señor mío, cuántas quejas presenté ante vosotros, cuántos gemidos, cuántos profundos suspiros arranqué de mis entrañas, cuántas veces también regué con abundantes lágrimas mi triste rostro. Sin embargo, entonces no obtuve de vosotros la liberación, porque la utilidad de la Iglesia Romana, que parecía amenazar ruina, no lo requería. Ahora, sin embargo, con vos al timón de la barca de Pedro, toda la Iglesia de Cristo se regocija en una paz tranquila. Los torbellinos de los vientos se reprimen, las olas espumosas de las tormentas se calman, los mares se apaciguan, y toda la serenidad del cielo parece renovada. Así pues, bajo vuestro santo pontificado, la Iglesia universal goza de una paz placentera, os ruego que no se niegue el descanso a mis canas y a mi ya avanzada vejez. Por lo tanto, por la remisión de todos mis pecados, que he cometido malvadamente, cedo el derecho del episcopado, y por este anillo (pues habéis tomado la vara) renuncio a toda queja futura de reclamación, os devuelvo también ambos monasterios: e imploro que se permita un lugar de descanso para el veterano y retirado soldado.

[DE LA ABDICACIÓN DEL EPISCOPADO.]

CAPÍTULO PRIMERO. Se prueba con ejemplos que se puede renunciar al episcopado.

Aquí tal vez se me objete que no es lícito renunciar al gobierno una vez aceptado. A lo cual brevemente digo lo que siento; porque muchos no abandonan los derechos del pontificado, y están entre los siniestros; pero cuantos leemos que lo han renunciado con recta intención, hay cierta esperanza de que gozan de la eterna sociedad con Cristo. Sin embargo, no decimos esto para que se permita abandonar el episcopado a la ligera, a menos que evidentemente lo exija la necesidad o cualquier causa racional.

En verdad, el obispo B. Valerio, al proveerse de un sucesor, entroniza al gran Agustín como obispo de la Iglesia de Hipona.

El obispo Lucido de Ficocle, al conocer que se acercaba su muerte, se refugia en el puerto del orden cenobítico, y cambia las insignias de la dignidad sacerdotal por los hábitos monásticos. Y, para que sepas qué le aportó esta conversión, como atestigua la historia auténtica del registro, bajo el mismo trance de su muerte, la gracia del Espíritu Santo resplandecía en su

rostro con gran alegría. A quien, ciertamente, antes de morir, se le apareció el bienaventurado apóstol Andrés, y le anunció la hora en que partiría del cuerpo.

¿Qué diré del mártir B. Adalberto? Que, en efecto, al haber dejado la cátedra de la Iglesia de Bohemia, vistiendo el hábito monástico, mereció encontrar la corona triunfal del martirio.

Y para que de los demás me calle intencionadamente, un cierto santo penitente, cuyo nombre me escapa por el momento, habiendo renunciado al episcopado en las Galias hace casi siete años, finalmente, al ser visitado por un ángel, se le ordena que regrese al episcopado; pero se niega, hasta que, por la misma advertencia del ángel, llega rápidamente el bienaventurado Remigio. Así, para que no pudiera tal vez deslizarse el engaño, incluso temiendo lo seguro, cedió al mandato humano, quien antes se mantuvo firme ante el oráculo angélico.

También el obispo de Sabina, que abandonó el trono pontifical y construyó el monasterio de Farfa, despreciando la dignidad sacerdotal; cuán noble fue en Cristo, lo atestigua la antigua tradición, que celebra las insignias de su santidad; lo atestigua la devoción moderna, que frecuenta su piadosa memoria en bendición. Cuántos, en efecto, tanto antes como después, permanecieron en la misma sede hasta el final de su vida, y no trajeron a Dios ningún fruto tan laborioso.

Ni a ti, feliz Bonito, te pasaré por alto, que, habiendo recibido la ocasión, ya que te había sucedido recibir la tradición de la Iglesia de manos del rey, un hombre laico, despreciaste la cátedra, y te dirigiste inmediatamente a la custodia de una vida más retirada.

También el venerable Gaudencio, obispo de Apsara, cuya dulzura de familiaridad merecí, por quien Dios ya había hecho un milagro no insignificante, renunció al episcopado, y navegando desde el reino eslavo, llegó a las costas de la ciudad de Ancona, desde donde no lejos, después de dos años, falleció felizmente.

Pues también Paulino, prelado de la Iglesia de Nola, para socorrer a la viuda que buscaba a su hijo, dejó el ministerio pontifical, y se sometió a un tirano como un vil esclavo.

En la historia eclesiástica, que un cierto escriba romano escribe, recuerdo haber leído que el obispo Martirio de Antioquía, debido a la desobediencia del pueblo disidente, renunció a la cátedra, donde se dice así: Regresando, dice, Martirio a Antioquía, y encontrando a los pueblos disidentes, y a Zenón favoreciéndolos, renunció al episcopado ante la Iglesia, diciendo: Renuncio al clero no sometido, al pueblo disidente, y a la Iglesia desolada, guardando para mí la dignidad del sacerdocio. Donde también se inserta que un cierto patricio llamado Apio, que bajo el impío emperador Anastasio, había sido consagrado presbítero por violencia en la ciudad de Nicea, porque era prudente, por decreto del piísimo emperador Justino, que sucedió a Anastasio en el cetro, fue hecho prefecto del pretorio. Así, ciertamente, fue corregido por la piedad imperial lo que había sido usurpado bajo la tempestad tiránica. Esto, en efecto, lo he considerado digno de ser referido, para que, ya que yo también fui atraído violentamente, de aquí se pueda deducir qué debe decidirse dignamente sobre mí, siguiendo la imitación de la antigua autoridad. Aunque parece ser asunto de otro definir si esto, que aquel fue hecho prefecto del pretorio de presbítero, debe imputarse a la autoridad o al prejuicio.

424 CAPÍTULO II. Qué opina el B. Gregorio sobre la renuncia al episcopado.

Por otra parte, el bienaventurado papa Gregorio, si la necesidad parecía exigirlo, de ninguna manera prohibía a los obispos cesar de la dignidad que se les había impuesto. Nos basta con

anotar solo el título de su registro, para no ser juzgados por extender la carta con prolija longitud. Pues dice quien explicó el volumen del registro (lib. IX, ep. 41). A los pontífices, dice, que voluntariamente renunciaban a sus sedes, Gregorio de ninguna manera les negaba sucesores, y luego consideraba que debían ser alimentados suficientemente de los ingresos de la Iglesia dejada; y lo demás, que allí se añade más extensamente. De aquí es, en efecto, que el mismo prelado insigne, sobre el obispo de la primera Justiniana, que sufría de enfermedad de cabeza, promulga esta sentencia con la disceptación pronunciada: Si, dice, el reverentísimo Juan tal vez pidiera, debido a su molestia, que debe vacar del honor del episcopado, dando él la petición por escrito, debe concederse.

Por otra parte, el B. Jerónimo, al tratar sobre el rector ocioso de la Iglesia, añadió: Inmediatamente, dice, será herido por la respuesta del Señor indignado: «Siervo malo, ¿por qué no diste mi dinero a la mesa, para que yo viniendo, lo exigiera con intereses? (Luc. XIX.)» Lo cual el doctor exponiendo enseguida, dice: Es decir, lo hubieras depositado en el altar, lo que no podías llevar. Pues mientras tú, negociante perezoso, retienes el denario, ocupaste el lugar de otro que podía duplicar el dinero.

¿Qué diré del obispo de Lyon, Justo de vida y de nombre, que gobernó laudablemente el oficio del pontificado que se le confió, y no sin alabanza lo abandonó? Ciertamente, un cierto arrebatado se precipitó en tal locura de mente furiosa, que atacaba violentamente a cuantos encontraba, mataba con golpes de azotes, cortaba miembros a muchos, y finalmente causaba la muerte a algunos. Este, alguna vez perseguido por muchos, irrumpió en las puertas de la Iglesia, y comenzó a protegerse. Pues entonces la necesidad le enseñaba a volver en sí, cuando ya se le obligaba a abandonar la vida; he aquí que el santo sacerdote se apresuró a estas cosas, y se interpuso como defensor del que buscaba refugio en la Iglesia. Pero aquellos, cuyos parientes habían sido muertos o mutilados, insistían vehementemente, y buscaban al reo para el castigo con importuna constipación. ¿Qué más? Finalmente se llegó a esto, que el piadoso pontífice, habiendo recibido la fianza, para que el reo de muerte no sucumbiera a la muerte, como satisfacción de la victoria, lo entregó a sus manos; pero tan pronto como cayó en su poder, fue muerto. Inmediatamente el hombre de Dios, como si él mismo fuera el autor de este homicidio, tembló aterrorizado, dejó la Iglesia, y posteriormente llevó una vida eremítica en las partes de Egipto. Esto, en efecto, lo he consignado a las letras, como el siervo de Dios, el señor Esteban, que asiste a vuestros ojos, lo ha manifestado.

También Pedro, arzobispo, dejó la Iglesia de Rávena, a la que pronto, aún vivo, sucedió Honesto, bajo el gobierno del primer Otón.

425 En verdad, también el insigne Gregorio Nacianceno, que los historiadores llaman Deiloquio, se dice que despreciaba la Iglesia de Constantinopla, bajo el gobierno del piadoso y católico príncipe Teodosio. Si acaso no se nos cree, pongamos aquí las palabras de la historia: La santa, dice, sinodo confirmó a Gregorio Deiloquio en el episcopado de Constantinopla, y lo colocó en el trono a pesar de su resistencia, como a uno que trabajaba mucho, y liberaba a la ciudad de la lesión de las herejías. Y cuando supo que algunos de Egipto envidiaban esta cosa, mostrando un discurso conciliador, espontáneamente se retiró del trono de la ciudad reinante. Al rechazar el trono, el emperador y el sínodo promueven a Nectario. Estas palabras no son nuestras, sino de la historia misma.

CAPÍTULO III. Que las almas entregadas a los tormentos del infierno, los días del Señor gozan de refrigerio.

Aquello también, que conocí por la narración de Humberto, arzobispo, hombre de suma autoridad, no considero que deba ser dejado en silencio. Pues cuando regresaba de los confines de Apulia, afirmaba que en las regiones adyacentes a Pozzuoli, entre aguas negras y fétidas, se alza un promontorio rocoso y escarpado. De las cuales, en efecto, exhalando aguas, según la costumbre, parecen surgir de repente aves muy horribles, y desde la hora vespertina del sábado hasta el amanecer del segundo día, están acostumbradas a aparecer a la vista humana. En el tiempo concedido, parecen deambular libremente por el monte como si estuvieran liberadas de cadenas. Extienden las alas, se peinan las plumas con el pico, y en cuanto se puede entender, se relajan en la tranquilidad del refrigerio concedido por un tiempo. Estas aves, en efecto, nunca parecen alimentarse, ni pueden ser capturadas por el ingenio de ningún cazador.

Al amanecer, pues, en la hora matutina del segundo día, he aquí que un gran cuervo, semejante a un buitres, comienza a graznar gravemente con su garganta hueca tras las aves mencionadas. Ellas inmediatamente se sumergen en las aguas y se esconden, y no se ofrecen más a la vista humana hasta que, al anochecer del sábado, emergen de nuevo del abismo del estanque sulfuroso. Por lo cual algunos afirman que son almas humanas destinadas a los castigos vengativos del infierno. Que, en efecto, durante el resto de la semana entera son torturadas, pero el día del Señor, con las noches adyacentes de un lado y otro, por la gloria de la resurrección del Señor, gozan de refrigerio. A esta afirmación también atestigua el noble versificador Prudencio en sus obras de himnos. Pero cuando escribí estas cosas sobre las aves y el cuervo que a veces aparecen entre las aguas negras y a veces se esconden, el religioso abad Desiderio del monasterio de Montecassino llegó, y negó rotundamente que el asunto fuera así. Y cuando lo llevé a él y a Humberto, mi relator, a mutuas conversaciones, Humberto dijo: Yo, en verdad, no defiende el testimonio de esta alegación, sin embargo, simplemente relaté lo que escuché de los habitantes de allí. Pero como estas personas, Desiderio y Humberto, son de tal autoridad que a ninguno de ellos se debe negar la fe, yo también, lo que escribí, no lo afirmo con atrevimiento, sino que decido que debe dejarse a la investigación de los lectores si es verdad o no.

Para que, pues, introduzca aquello por lo cual he mencionado estas cosas, el obispo, que sin embargo, si lo recuerdo bien, presidía en Capri, vio al papa Benedicto mayor, que ya había fallecido, montado como corporalmente en un caballo negro. Y cuando lo vio avanzar en su camino, ¡Eh!, dijo, ¿no eres tú el papa Benedicto, a quien claramente sabemos muerto? Él dijo: Infeliz de mí, soy yo. Y él: ¿Cómo te va, Padre? Estoy, dijo, afligido por graves tormentos, pero no estoy privado de la esperanza de mi recuperación, si se me presta ayuda; pero ve, te ruego, a mi hermano Juan, que ahora ocupa la sede apostólica, y anúnciale, cumpliendo mi legación, que sobre todo esa suma, que está guardada en tal cofre, la distribuya entre los pobres para mi salvación; y así sepa que debo ser redimido, cuandoquiera que la misericordia divina lo haya decretado. Pues las demás cosas, que han sido entregadas a los necesitados por mí, no me han servido de nada, porque han sido adquiridas de robos e injusticias. Habiendo escuchado esto, el obispo fue diligente a Roma, narró las palabras del hermano del difunto a Juan papa, inmediatamente arrojó el peso de la carga episcopal, se vistió de monje, y de ese modo se procuró la salvación a sí mismo a partir de la calamidad ajena.

Sobre el homónimo también de ese Benedicto papa y sobrino, que después de él, segundo a Juan, sucedió en la invasión de la sede romana, el mismo Humberto me narró; porque un cierto vasallo, mientras viajaba, sucedió que al pasar junto a un molino, montado en su caballo, de repente vio un monstruo inmenso, al verlo le invadió un terror repentino, y tembló estupefacto. Sin embargo, el monstruo parecía terminar solo en las orejas y la cola de un

asno, el resto era un oso. Y mientras el viajero, aterrorizado por este portento, se quedaba paralizado, y emprendía una fuga precipitada con miedo, el informe prodigio formó palabras de voz humana: No temas, dijo, oh hombre, créeme sin duda que fui hombre como tú lo eres ahora; pero porque viví bestialmente, después del fin de la vida merecí llevar la apariencia de una bestia. Pero cuando él preguntó quién había sido: Yo, dijo, fui aquel solo de nombre Benedicto, que recientemente ocupé indignamente el ápice de la sede apostólica. Preguntado, además, qué retribución tenía ya: Ahora, dijo, hasta el día del juicio soy arrastrado y llevado por lugares espinosos y desolados, por lugares sulfurosos y exhalantes de fetidez, y encendidos por incendios; pero después del juicio final, mi cuerpo junto con mi alma será tragado por el tormento irremediable, y la olla irrevocable del abismo infernal, de modo que no me resta ninguna esperanza de recuperación en el futuro. Después de estas y otras palabras semejantes, desapareció. Pero cuando yo indago por qué fue visto en esta apariencia, descubro que no falta un misterio en lo que se vio. Pues porque ese miserable desde el mismo principio de su funesto pontificado hasta el final de su vida se revolcó en el cieno de la lujuria, no incongruentemente fue visto comenzar por las orejas y terminar en la cola de un asno. Pues el asno es un animal lujurioso, como el profeta designa cuando dice de los entregados a la inmundicia de la carne: «Como la carne de los asnos, su carne (Ezequiel XXIII).» Pero porque por los demás miembros tenía la apariencia de un oso, se enseña que llevó una vida carnal en todo. Pues, como enseñan los físicos, la osa cuando pare, no da a luz un cachorro, según la costumbre de las bestias, sino que expulsa un trozo de carne: inmediatamente lo que ha sido expulsado, lamiéndolo y lamiéndolo repetidamente, lo compone, y así, con la lengua formando, lo produce a su semejanza (PLIN. lib. VIII, cap. 36). Con razón, pues, quien vivió lujuriosamente y carnalmente, apareció en la figura de un asno y un oso. ¿Quién, en efecto, no vería que habría sido mucho mejor para él abandonar el episcopado y hacer penitencia, que perseverando en él hasta el final de la vida, haber perdido completamente la verdadera vida?

CAPÍTULO IV. Del monje que, condenado en el infierno, después fue liberado.

Pero porque hemos presentado este triste relato, añadamos otro milagro de la piedad divina, que ciertamente tuvo un final feliz, de las narraciones del mismo Humberto.

En el monasterio, dice, de B. Silvestre, que está situado en el territorio de Urbino, murió un monje, y desde el comienzo del canto del gallo nocturno, hasta la segunda hora del día, el cadáver inerte, lavado según la costumbre y atado, yacía en el féretro, rodeado por los hermanos que cantaban salmos. Y cuando ya se habían celebrado en su mayor parte los solemnes oficios de las misas, y se decía el Agnus Dei según la regla, he aquí que de repente, el que yacía muerto en medio, al regresar su alma, se levantó. Los hermanos quedaron asombrados y aterrados por una admiración demasiado nueva: ciertamente, a quien habían llevado cumpliendo el oficio fúnebre, ahora lo veían haber recibido el espíritu vital. Pero cuando se acercaron más y ansiosamente se inclinaban para escuchar las palabras de su boca, ¡ay de la maldad! él comenzó a lanzar maldiciones e injurias contra Dios, a blasfemar impíamente el bendito nombre del Salvador, a escupir con boca sacrílega el signo de la cruz vivificante que se le ofrecía para besar; tampoco temía lacerar con oprobios ignominiosos a la inmaculada Madre de Dios. ¿Por qué, decía, cantáis salmos por mí, o intentáis ofrecer sacrificios? Pues yo he descendido a las mismas profundidades del ardiente tártaro, y allí mi maestro y señor Lucifer irrevocablemente me ha destinado; ciertamente, colocó sobre mi cabeza su corona de bronce siempre ardiente con un fuego inextinguible: también me vistió con la clámide del mismo metal con la que él mismo se vestía. La clámide era tan larga que fluía hasta el talón; tan ardientemente encendida que parecía emitir gotas derretidas. Y

mientras los hermanos lo exhortaban unánimemente a que hiciera penitencia y revelara sus secretos, él maldecía y blasfemaba: y no solo condenaba con boca rabiosa y sacrílega el remedio de la penitencia, sino también todos los misterios de nuestra redención. Los monjes, recurriendo con piadoso fervor a las siempre victoriosas armas de la oración, comenzaron, despojándose de sus vestiduras, a golpear sus cuerpos con escobas, a golpearse el pecho con los puños, a sudar en la salmodia y en todos los géneros de oraciones que podían. Con todos los hermanos dedicados a oraciones luctuosas y ayuno, y suspendidos bajo la expectativa de la divina piedad, finalmente brilló el esplendor de la virtud celestial. He aquí que aquel desesperado, y absorbido por el abismo del mar abierto, regresó a la superficie: pues alaba la omnipotencia del Salvador de Dios, renuncia a las malvadas burlas de Satanás, adora la cruz, pide penitencia. Confesó, sin embargo, que después de renunciar al mundo, cayó en fornicación, la cual hasta entonces no había revelado a nadie en absoluto mediante confesión. Alabando y bendiciendo a Dios, vivió hasta el día siguiente, y así, maravillosamente restituido a su Creador, partió de este mundo en santa confesión. Así, así ciertamente floreció el fruto de la oración eterna, que, en efecto, arrebató una presa de las mismas entrañas del infierno, y de la paja de las llamas colocó una piedra viva en la estructura de la Jerusalén celestial. Esto me lo relató el arzobispo Humberto, cuyas palabras ciertamente parecen fundadas en la verdad apostólica.

CAPÍTULO V. Que el episcopado es una tarea ardua.

Si, por tanto, aquel que cayó en el monacato, y que solo debía rendir cuentas de su propia alma, mereció ser condenado con tan terrible sentencia; ¿con qué mente está seguro cualquier obispo indigno como yo, que ciertamente es responsable de tantas almas, cuantas perecen por su negligencia o malos ejemplos? Pues consta que hubo algunos, que por cualquier impedimento leve, fueron despojados voluntariamente del gobierno episcopal, de los cuales aquí basta insertar uno, que ciertamente se encuentra en la historia que Casiodoro traduce del griego al latín, de la cual aquí consignamos las palabras desnudas de la historia, para quitar el escrúpulo de duda a los que dudan.

Silvano, dice, fue primero discípulo del sofista Troilo, y completamente cristiano, amando la vida monástica. Pues despreció usar el manto de doctor. Después de esto, el obispo Ático lo comprendió y lo ordenó obispo de Filipópolis. Pero él, residiendo tres años en Tracia, y no pudiendo soportar el frío, teniendo un cuerpo muy débil y delgado, rogó a Ático que lo estableciera en otro lugar, diciendo que no por otra razón, sino por el frío, evitaba esos lugares. Y cuando otro fue ordenado en su lugar, Silvano permaneció en Constantinopla, guardando perfectamente la vida monástica; y fue tan humilde que a menudo, en tanta multitud de la ciudad, salía despreciado con sandalias. En cierto tiempo, sin embargo, el obispo de la Iglesia de Troya murió, y los troyanos vinieron pidiendo un obispo. Y mientras Ático pensaba a quién debía ordenar, de repente sucedió que Silvano vino a saludarlo. Y al verlo, dejó de pensar. Entonces a Silvano: No tienes, dijo, más ocasión para evitar las preocupaciones eclesiásticas. Troya, en efecto, no tiene frío, sino que he aquí un lugar preparado por Dios adecuado para tu cuerpo; prepárate, pues, y ve a Troya de inmediato. Así que Silvano se trasladó.

Pero si alguien tal vez lo acusa de temeridad, y lo condena por haber despreciado el gobierno encomendado solo por el frío, y por haberse trasladado a otro lugar por la comodidad del cuerpo, que escuche después de esto el insigne milagro que se manifestó a través de él, y así al menos deje de lacerar con el mordisco envidioso de la reprensión al justo. Pues así continúa la historia: Después de esto, narraré el milagro que ocurrió en sus manos. Un gran barco, que transportaba grandes columnas, se estaba construyendo recientemente en la costa

troyana; y cuando quisieron llevarlo al mar, con muchas cuerdas y el pueblo tirando, no se movía en absoluto. Y mientras esto se hacía durante muchos días, sospecharon que el barco estaba retenido por un demonio. Entonces, viniendo al obispo Silvano, le rogaron que diera una oración en ese lugar, creyendo que de esta manera [falta allí poder, o algo similar] el barco podría ser arrastrado. Pero él, con humilde discurso, decía que era pecador, afirmando que esta obra era de algún justo, no suya. Y cuando lo rogaron, vino a la costa, y hecha la oración, tocó una cuerda, ordenando que insistieran en la obra con esfuerzo. Entonces, con ellos empujando brevemente, el barco avanzó rápidamente hacia el mar. Este milagro hizo que todos los provincianos tuvieran reverencia por aquel hombre. En verdad, si al dejar el episcopado y trasladarse a otro lugar Silvano hubiera pecado, no se le vería admirable en la virtud del signo mostrado, sino más bien miserable por su culpa. La virtud del milagro, por tanto, dio testimonio de su santidad. Además, si el episcopado, como se dice, no se puede dejar por ninguna razón, ¿qué es lo que tantos santos pontífices se encuentran en los volúmenes de historias que se trasladaron de sus Iglesias a otras, cuando ciertamente dejaban las suyas antes de trasladarse a las demás? Muchos de los cuales, al despreciar el gobierno encomendado, aún ignoraban completamente que se trasladarían a otro lugar.

Y ciertamente la misma razón enseña que es menos cuando simplemente se desiste del episcopado, que cuando se traslada de uno a otro. Por lo tanto, no me detendrá la astucia moderna de aquello a lo que me exhortan los ejemplos de los Padres venerables. En verdad, si el bienaventurado Silvano dejó el episcopado sin reproche solo por el frío del cuerpo; ¿por qué yo, despreciando el gobierno pastoral, seré acusado de transgresión, quien diariamente, atrapado en los negocios seculares, me enfrió del fervor del amor divino, y caigo en el frío letal del alma adormecida? dice la Escritura: «Como la cisterna enfría el agua, así la maldad enfría el alma (Jer. VI).» Pues recuerdo a menudo haber estado tan encendido por el fuego del amor divino, que deseaba romper de inmediato las barreras de la carne, y como liberado del lodo y de las tinieblas carcelarias, anhelar profundamente la luz de la eternidad. Pues entonces tenía, como el Señor promete por el profeta, un corazón de carne, o como me parecía, de cera (Ezequiel XI). Que ciertamente se derretía con la llama del deseo celestial, y a menudo regaba con lágrimas abundantes el rostro lloroso. Me horrorizaba escuchar, cuanto más pronunciar, cualquier cosa que no provocara a Cristo, y todas las tonterías o necesidades de las palabras seculares las consideraba como fauces de perros o mordeduras de serpientes. A menudo veía con la mirada más presente de la mente a Cristo clavado en la cruz, y ávidamente contemplaba la sangre goteante con la boca puesta debajo. Pero si me esfuerzo por consignar en palabras todo lo que se me daba contemplar, ya sea de la sacratísima humanidad de nuestro Redentor, o de aquella inenarrable apariencia de la gloria celestial, antes se escapa el día que se organiza la serie de la cosa. Ahora, sin embargo, duro y pétreo, mientras continuamente me desgasto en negocios exteriores, no me disuelvo en lágrimas de íntima compunción. En verdad, a menudo pongo mi mano sobre mi pecho, y al médico de las almas le muestro como una herida purulenta, clamando, y con íntima súplica vociferando: Tú que iluminaste las cavernas del tártaro con los rayos de tu divinidad, disipa las tinieblas de este corazón, y resplandece sereno con la luz de tu verdad. Pero a veces Jesús se detiene al ciego que clama junto al camino (Mateo X; Lucas XVIII), y restaura la luz; a veces pasa de largo, como si no escuchara al que clama perezosamente; y así el miserable ciego permanece no obstante en su ceguera. Yo, yo, ¡ay de mí! como otro Sansón (Jueces XVI) lloro haber perdido los dones del Espíritu Santo septiforme, como si fueran siete trenzas; y con los ojos no de la frente, sino del corazón, arrancados, giro la rueda de las preocupaciones seculares. Yo soy aquel Sedecías, a quien el rey babilónico primero matando a sus hijos, le quitó los frutos de las buenas obras (IV Reyes XXV): luego le sacó los ojos, privándolo de la luz de la contemplación íntima. Si, por tanto, aquel santo varón, Silvano ciertamente, no dudó en dejar

Tracia solo por la incomodidad del cuerpo: ¿por qué no he de dejar yo Roma para evitar tantas heridas del alma? Aunque tampoco es completamente inofensiva para mi cuerpo, siendo fértil en fiebres errantes. De donde también recuerdo haber pronunciado este tetrástico:

VERSOS SOBRE ROMA.

Roma devoradora de hombres, doma los cuellos altivos de los hombres: Roma fértil en fiebres, es muy fecunda en frutos de muerte. Las fiebres romanas son fieles por derecho estable. A quien una vez invaden, difícilmente se apartan del viviente. Detenido, pues, por la adversidad del alma y del cuerpo, que el fugitivo regrese a su señor, despreciando a los cerdos, y el hijo vuelva al beso del padre (Lucas XV): que Sansón recupere sus fuerzas originales, con el cabello renaciendo, para que se caliente (Jueces XVI), y así se vista con la primera túnica que había perdido, y derrote a sus vencedores con las fuerzas recuperadas.

CAPÍTULO VI. Del obispo simoníaco que no podía nombrar al Espíritu Santo.

Mientras tanto, también aquello que aprendimos por el relato de Hildebrando, archidiácono de la Iglesia Romana, juzgamos digno de insertar aquí. Pues cuando aún ejercía solo el oficio de subdiácono, enviado por el papa Víctor como apocrisario a las Galias, convocó un sínodo, en el cual, por la autoridad de la sede apostólica, depuso a seis obispos involucrados en diversos crímenes; entre los cuales había un obispo que, como había llegado al culmen del episcopado por la herejía simoníaca, no podía expresar con palabras al Espíritu Santo, por más que lo intentara con cualquier esfuerzo. Y ciertamente al Padre y al Hijo los pronunciaba con bastante facilidad y fluidez; pero cuando llegaba al Espíritu Santo, de inmediato la lengua balbuceante finalmente quedaba rígida. Pues con razón, al vender al Espíritu Santo, lo perdió; de modo que, al estar excluido del alma, también consecuentemente estaba lejos de la lengua. Convicto, pues, por esta dificultad, dejó el oficio episcopal. Pero lejos esté de mí juzgarlo digno del catálogo de los hombres santos, que por amor a Cristo dejaron las ínfulas pontificales.

Por otra parte, ya que se ha mencionado una vez a aquel hombre prudentísimo, tampoco callaré otro insigne relato que refirió, aunque no se relacione mucho con el tema propuesto. Pues mientras hablaba en la Iglesia de Arezzo, bajo la presencia de vuestra santidad, venerable papa, sobre los bienes de las Iglesias injustamente poseídos, introdujo un ejemplo apropiado: En las partes teutónicas, dijo, un conde rico y muy poderoso, pero lo que es un prodigio encontrar en ese orden de hombres, de buena reputación y vida inocente, según el juicio humano de su estimación, murió hace casi una década. Después de cuya muerte, un hombre religioso, por el espíritu, descendió al infierno; y vio al mencionado conde en el grado más alto de una escalera. Pues decía que aquella escalera se veía erguida entre las llamas ululantes y crepitantes del fuego vengador, y estaba constituida para recibir a todos los que descendieran de la misma genealogía de los condes. Pero era un caos tétrico, y un abismo inmenso abierto infinitamente, y sumergido en lo profundo, de donde surgía la escalera. Así, pues, se tejía la serie de sucesiones, de modo que cuando alguno de ellos llegaba nuevo, primero ocupaba el grado más alto de la escalera, pero aquel que allí se encontraba, y todos los demás, descendían a los grados inferiores de los más cercanos. Y cuando otros y otros hombres del mismo linaje, después de la muerte de la carne, acudían a la mencionada escalera en intervalos de tiempo, otros inmediatamente cediendo por la inevitable necesidad del juicio, migraban a los inferiores. Pues mientras el hombre que contemplaba estas cosas, inquiría la causa de esta horrenda condenación, y especialmente por qué se castigaba a aquel conde de su tiempo, que había vivido tan justamente, tan decentemente, tan honestamente,

oyó: Porque por una cierta posesión de un predio de la Iglesia de Metz, que su bisabuelo había arrebatado al beato Esteban, a quien este ya décimo en la herencia sucedió, todos estos no fueron destinados a un castigo diferente; y así como la culpa de la avaricia no diferente los unió para pecar, así también el común suplicio los unió para soportar las penas del fuego atroz.

Esto que lo adviertan y lo eviten sutilmente los poseedores injustos del derecho eclesiástico, no sea que mientras se sacian de rentas ajenas, después alimenten las llamas devoradoras con sus médulas. Pues ya que no deseamos servir tanto a la estricta regla de los escritores como a la edificación fraterna, hemos añadido algo como extraño a la intención de la obra propuesta; para que de algún modo, algo fluctuante, no lo arrebate completamente el olvido, lo atemos con el cordel del estilo. Pues cuando alguien sale a pescar, si el azar trae de repente una fiera o un ave, la captura, aunque no haya propuesto nada de caza o cetrería. Además, para que a nuestras afirmaciones no les falte también la autoridad evangélica, nuestro Salvador, cuando se dirigía a la casa del príncipe de la sinagoga para resucitar a su hija, sanó a una mujer que padecía flujo de sangre (Mateo IX), como sin la intención que había comenzado. ¿Qué, pues, es de extrañar si escribiendo a veces interrumpimos lo comenzado, y no lo omitimos; insertando aquello que sentimos que no obstante pertenece a la edificación? Aunque esto tampoco se aleja de nuestro propósito, porque si aquel pereció por una sola posesión de la Iglesia; ¿qué se ha de pensar de aquel que bajo el nombre de obispo no deja toda la Iglesia, cuando indigna preside? Ya, pues, después del desvío, volvamos al propósito.

Tampoco callaré lo que se refiere sobre el bienaventurado obispo Milesio en la historia Tripartita; que ciertamente, para ofrecer mayor fe a los lectores, añadiré los mismos caracteres del estilo corriente. Entonces también, dice, el obispo, llamado Milesio, fue coronado con el martirio. Que primero, en efecto, militaba entre los persas, pero después, dejando la milicia, se dedicó a la vida apostólica. Pues se dice que cuando fue ordenado obispo en una ciudad persa, a menudo sufrió mucho, y fue azotado y arrastrado, pero con mente viril soportó todo. Y como no pudo persuadir a nadie allí para que se hiciera cristiano, llevándolo gravemente, maldijo a la ciudad, y de allí se fue. Después de poco tiempo, al pecar los principales de aquel lugar contra el rey, un ejército sobrevino con trescientos elefantes y subvirtió la ciudad, y como una región desolada la entregaron a los arados y a las semillas. Pero el obispo Milesio, llevando solo una alforja que contenía el sagrado código de los evangelios, se dirigió a Jerusalén para hacer oración, y de allí a Egipto, para ver a los monjes que allí vivían. Qué santo y operador de milagros fue este, los sirios son testigos que escribieron sus actos y vida. He aquí que este, que pospuso los derechos del gobierno encomendado, no solo no incurrió en ningún crimen de culpa, sino que además obtuvo operar virtudes de milagros.

CAPÍTULO VII. De Arnulfo, obispo de Metz.

Ciertamente, mientras exploramos con mirada curiosa la amplitud de las historias como el rostro del cielo, el bienaventurado Arnulfo, obispo de la Iglesia de Metz, nos aparece como una estrella dorada; que disipa las tinieblas de nuestra ignorancia con los rayos de su ejemplo, y atribuye inexpugnablemente fuerza a nuestras alegaciones, y resuelve todo nudo de duda sobre este capítulo. Este, en efecto, como aprendimos por el relato verídico de los hermanos, que testifican haber leído su historia escrita, ejercía el oficio de duque en el reino de Lotario, no lejos de Flandes. Este además fue padre de Pipino y abuelo de los reyes Carlos Magno. Y como, encendido por el ardor del Espíritu Divino, pospusiera el afecto de su esposa e hijos, y cambiara las pompas de la gloria mundana por la gloriosa pobreza de Cristo, al dirigirse a la ermita, sucedió que tuvo que cruzar el río llamado Mosela. Pero cuando ya alcanzaba casi la

mitad del puente elevado, donde el cauce del torrente corría más profundo, allí arrojó su anillo bajo esta condición de pacto. Cuando yo, dijo, reciba este anillo extraído de las espumosas olas, entonces sin duda me confiaré de estar absuelto de todos los lazos de mis pecados; y de inmediato se dirigió a la ermita, donde vivió no poco tiempo muerto para sí y para el mundo. Mientras tanto, al morir el que entonces era obispo de la Iglesia de Metz, la divina dispensación elevó al bienaventurado Arnulfo a los derechos del gobierno pastoral; y mientras se abstenía de comer carne, como había desusado en la ermita, en la Iglesia igualmente, en alguna ocasión se le presentó un pez como regalo, que al ser destripado por el cocinero, se encontró el anillo en sus entrañas, y de inmediato se lo ofreció alegre a su señor. Cuando el bienaventurado obispo lo vio, de inmediato lo reconoció: y no tanto se maravilló de la vena del metal brillante, como porque por la propiciación divina había conseguido el perdón de su culpa; y lo que aumenta la fuerza de la admiración, hay un viaje de dos días desde el puente donde se arrojó el anillo hasta el lugar donde el pez fue presentado al venerable obispo. Entonces el hombre de Dios, al ser absuelto de sus pecados, se sintió más constreñido bajo el temor divino: y se considera más deudor, cuanto más ve en sí la mayor bondad de la clemencia celestial. Eligiendo, pues, a su sucesor, nuevamente se dirigió a la ermita, y allí, dejando el cuidado pastoral, vivió hasta su feliz muerte. Así, el insigne varón nos enseñó a hacer lo que él hizo.

Además, apenas han pasado quince días desde que vi al venerable Arnulfo despojado voluntariamente de la administración del gobierno eclesiástico. Pues había obtenido la cátedra en la ciudad de Apulia, que dejó, y se ciñó el pecho y el vientre con dos aros de hierro de no poco peso, con los que no ha cesado de afligirse ya casi por siete años; rara vez o nunca usa vino, y se mortifica con frecuentes ayunos. Este gran hombre me exhortó no menos con su palabra que me provocó con su ejemplo a la renuncia del episcopado.

Por otro lado, Hildulfo, arzobispo de Tréveris, es conocido en todo el extenso Occidente por su gran santidad y vida admirable. Según la historia de sus hechos, pidió al obispo de la ciudad de Leuchae, ahora llamada Toul, que le proporcionara un lugar adecuado para habitar en soledad. Primero eligió a su sucesor, luego construyó un monasterio y vivió estrictamente según la disciplina monástica. Los numerosos milagros realizados por él son testimonio claro de que, al renunciar al episcopado, no solo evitó la mancha del pecado, sino que también ofreció a Dios un sacrificio de dulzura.

¿Qué puedo decir de Deodato, hombre de santidad suprema, también obispo de la Iglesia de Tréveris? Según la historia auténtica, recibió de Girbaldo, el santísimo prelado de Leuchae, un lugar en el bosque de Vosges, donde, renunciando al mundo, vivió de manera loable, estableció monasterios y, tras una larga lucha en el combate de Cristo, entró laureado en el senado de la vida.

¿Qué decir de Gondeberto, el ilustre arzobispo de Sens? Con un deseo celestial ardiente, dejó la Iglesia que le fue confiada y construyó un monasterio en el lugar llamado Grandiavium, que nombró según el nombre de la Iglesia que dejó. Había decidido no exceder el número de veinte, pero no puedo dejar de lado lo que está ante mis ojos.

Finalmente, para recurrir a un ejemplo doméstico, Lambert, de venerable memoria, quien fue el tercer obispo de la Iglesia de Florencia antes que ustedes, despreciando el oficio del pontificado, se sometió a la disciplina monástica. La espléndida fama que llena las bocas de los hombres y el dulce aroma de su reputación que impregna las mentes no son desconocidos para la sublimidad de su beatitud.

El beato Nonnus mártir, también conocido como Hipólito, no debe ser pasado por alto en nuestra memoria. Después de convertir a treinta mil sarracenos a la fe de Cristo con su predicación eficaz, de llevar a la beata Pelagia de los burdeles a la castidad de la Iglesia, y de explicar brillantemente varios libros de exposiciones sagradas, finalmente renunció al episcopado; dejó las partes de Antioquía, de donde era originario, y se dirigió a los confines romanos. Cuando la beata Aurea en la ciudad de Ostia completó su martirio con una piedra atada al cuello en las olas del mar, el B. Nonnus recogió su santo cadáver con piadosa devoción y lo enterró con toda diligencia. El mismo perseguidor, llamado Ulpio, ordenó que fuera sumergido en una fosa llena de agua junto al río Tíber, cuyo cuerpo, después de completar su martirio triunfal, fue enterrado por la devoción cristiana en la ciudad llamada Porto. Inmediatamente se escuchó una voz como de niños, clamando durante casi una hora, "Gracias a Dios". Por lo tanto, quedó claro que, al renunciar al episcopado, no incurrió en ofensa ante Dios.

En nuestros tiempos, el obispo de Penne renunció voluntariamente a la cátedra pontifical y se sometió con sincera devoción a su sucesor. Su sucesor me contó que estaba tan sujeto a él con obediencia y humildad, como si nunca hubiera tenido primacía sobre otros.

En nuestra era, Liutulfo, obispo de Callensis, también renunció a su dignidad episcopal, entregó la Iglesia a su sucesor, quien ahora permanece, y así, si no le faltó ánimo, procuró para sí mismo la libre facultad de hacer penitencia. Feliz es aquel que dispone la condición de su vida en esta mortalidad de tal manera que le es posible llorar en penitencia por lo que ha pecado. Feliz, digo, quien prudentemente aleja de sí todo aquello que le impide el camino de la verdad. Porque todo lo que hemos cometido en esta vida, o se corrige aquí según la medida del pecado a través de castigos, o sin duda se reserva para futuros suplicios.

CAPÍTULO VIII. Del converso que fue azotado por los SS. Andrés y Gregorio.

Por lo tanto, no está fuera de lugar insertar aquí brevemente lo que hemos conocido por el relato fiel de los hermanos. En el monasterio llamado Clivus Scauri, que el beato Gregorio fundó dentro de las murallas de la ciudad de Roma, un niño fue ofrecido por sus padres para servir a Dios. Sin embargo, cuando creció, salió del monasterio y regresó al mundo, casándose con una esposa. Luego, al llegar a la juventud, fue golpeado repentinamente en la garganta por un juicio divino y, con la enfermedad agravándose, se acercó a la muerte. Finalmente, el fugitivo malvado pidió ser llevado de regreso al monasterio, donde hizo penitencia por sus maldades y tomó el hábito monástico. Mientras su esposa y otros asistían a su lecho, comenzó a gemir gravemente, a emitir lamentos y a hablar desordenadamente como si sufriera de frenesí. Al preguntarle por qué no descansaba, dijo: "¿No ven al beato Andrés apóstol y al santo Gregorio azotándome con sus severos castigos?" Gimiendo de nuevo y emitiendo voces lastimeras, respiraba un poco y decía: "Ahora me han azotado porque dejé el monasterio y tomé esposa". Y de nuevo, después de llantos y rugidos, descansando un momento, decía: "Ahora me han castigado porque a los pobres mendicantes, especialmente a los escoceses, no solo no les di nada, sino que también, lo que es vergonzoso, a menudo me burlé de ellos". Repitiendo de nuevo los gemidos y lamentos, afirmaba: "Tomé prestados seis denarios de una pobre viuda y no quise devolverlos; por cada paso que ella dio al venir a pedírmelos, ahora he recibido un golpe de las manos de los santos mientras me azotaban juntos. Pero para que sepan que no miento, pasado mañana a la hora sexta partiré de este mundo".

Era entonces viernes, y en la noche en que amanecía el domingo, llamado de Ramos, se levantó ágilmente del lecho, para asombro de todos, tomó rápidamente el escapulario y el cilicio que estaban junto a él, y entró atónito y apresurado en la iglesia del beato Andrés. Allí, tendido, dijo a los hermanos presentes: "He sido azotado por los santos, y así salgo del cuerpo purificado, como salí limpio del agua del bautismo". Durante las solemnes misas, apenas leída la Pasión del Señor, a la hora que había predicho, entregó su espíritu a Dios. Al desnudar su cadáver para lavarlo según la costumbre, se veían en sus miembros las marcas y estigmas por todas partes, como si su cuerpo hubiera sido golpeado con varas materiales.

Pero, ¿qué maravilla que los santos de Dios, que juzgarán al mundo, persiguieran la culpa en un hombre capaz de razón, cuando incluso de un animal bruto, como aprendimos allí, buscaron venganza? En el mismo monasterio hay una cripta llamada de B. Gregorio, donde su fuente mana aguas claras y frías, de la que bebía, y aún se ve su lecho de piedra donde descansaba en verano. Una perra preñada entró allí por casualidad, ya sea para beber por el calor o para dar a luz en ese lugar. Pero sin llegar aún a las aguas, tan pronto como se acercó al lecho mencionado, cayó muerta. ¿Cuánto más debe temer el hombre los juicios divinos, cuando Dios ejerce una disciplina tan terrible incluso en animales irracionales? Si Dios todopoderoso no quiso que una simple agua de este lugar santo fuera tocada por una perra inocente, ¿con qué molestia soporta cuando cualquier perverso se acerca a recibir su cuerpo y sangre en los altares sagrados? Pero cuando alguien perverso exaspera y estimula a Dios con sus actos reprobables, la paciencia divina no le impone inmediatamente venganza, aunque lo reserva para un castigo perpetuo.

CAPÍTULO IX. De Pandulfo y Juan, príncipes condenados en el infierno.

Mientras escribía este artículo, se acercó Desiderio, el religioso abad del monasterio de Montecasino. Como está emparentado con el beato Daniel en nombre, así no se separa de él en la afirmación de la verdad. Me cuenta algo que la razón misma persuade a escribir. Un siervo de Dios de la región de Nápoles vivía como ermitaño en una roca escarpada, junto al camino público. Mientras cantaba salmos por la noche y exploraba la ventana de su celda, vio a muchos hombres negros como etíopes caminando y conduciendo mulas cargadas de heno en una larga fila. Al preguntarles curiosamente quiénes eran y por qué llevaban esos forrajes, respondieron: "Somos espíritus malignos y no preparamos forrajes para alimentar animales, sino combustibles para encender fuegos que quemen a los hombres. Estamos esperando al príncipe de Capua, Pandulfo, que ya está postrado, y a Juan, maestro de soldados de la ciudad de Nápoles, que aún vive". Inmediatamente, el siervo de Dios se apresuró a ver a Juan y le contó fielmente todo lo que había visto y oído. En ese tiempo, el emperador Otón II se dirigía a Calabria para luchar contra los sarracenos. Al escuchar esto, Juan dijo: "Ahora debemos encontrarnos respetuosamente con el emperador y, junto con él, tratar con prudente consideración el estado de esta tierra. Pero después de la partida del emperador, prometo que abandonaré el mundo y tomaré el hábito del orden monástico".

Para probar si lo que se le había contado era cierto, envió un mensajero a las murallas de Capua, quien al llegar encontró a Pandulfo ya muerto. El maestro de soldados Juan, antes de que el emperador llegara a esas partes, sobrevivió apenas quince días. Al morir, el monte Vesubio, de donde frecuentemente brota el infierno, erupcionó en llamas, demostrando claramente que el heno preparado por los demonios no era otra cosa que el fuego de un incendio cruel, destinado a hombres perversos y reprobados. Siempre que un rico reprobado muere en esas partes, el fuego parece brotar del monte mencionado, y tal cantidad de resina sulfúrica fluye del Vesubio que forma un torrente y, descendiendo con ímpetu, llega al mar. Allí se puede ver corporalmente lo que en el Apocalipsis de Juan se dice de los reprobados:

"Porque su parte será en el lago que arde con fuego y azufre, que es la muerte segunda (Apoc. XIX, 20)".

El príncipe de Salerno, abuelo del príncipe Guaimario, que fue asesinado hace no muchos años por muchas violencias y opresiones tiránicas, al ver de lejos un día que del monte Vesubio brotaban repentinamente llamas de brea y azufre, dijo: "Sin duda, algún rico malvado está a punto de morir y descender al infierno". Pero, ¡oh mente ciega del hombre reprobado, o más bien terrible juicio del Creador sobre nosotros! Porque en la noche siguiente, mientras yacía seguro con una meretriz, expiró. Ella, como relató después, sin saber lo que había sucedido, lo soportó por un tiempo, y finalmente, apenas pudo apartar de sí no a un hombre, sino a un cadáver inerte.

CAPÍTULO X. Del presbítero que pereció en el monte Vesubio.

Además, un presbítero en las partes de Nápoles, deseando aprender con certeza lo que no le estaba permitido, decidió con audacia presuntuosa acercarse al lugar donde el abismo infernal eructaba con más fervor. Celebró los solemnes oficios de la misa, y así, investido como si estuviera armado, emprendió el camino; pero al avanzar más de lo que los hombres solían hacerlo, no pudo regresar y no volvió a aparecer.

Otro presbítero dejó a su madre enferma en Benevento, y mientras acompañaba a su señor por los confines de Nápoles, al ver las llamas brotando, escuchó el clamor de una mujer llorando, que reconoció sin duda como el de su madre. Notó la hora, y luego supo con certeza que su madre había fallecido.

Para volver a lo anterior, basta ya con haber enumerado a doce santos obispos que, ardientes con el fuego del amor divino, decidieron desistir de la administración eclesiástica, para que, libres de los asuntos terrenales, pudieran adherirse más estrecha y familiarmente a Dios. Estos venerables prelados, como verdaderos veinticuatro ancianos, se postran ante el que está sentado en el trono y adoran al que vive por los siglos de los siglos, arrojando sus coronas ante el trono del Señor (Apoc. IV). Arrojan sus coronas ante el trono del Señor cuando, por amor a Él, deponen los ornamentos de su propia dignidad. A semejanza de ellos, tienen copas de oro llenas de incienso, que son las oraciones de los santos; porque, para ofrecer a Dios oraciones más puras en olor de suavidad, se esfuerzan por separarse de todos los asuntos de este mundo.

Claramente, si no evitara el tedio de un estilo más largo, también podría añadir aquí al beato Atanasio. Quien, llevando la Iglesia bajo el rey arriano Constancio, se sumergió en la prisión de una santa mujer, y allí, durante seis años, permaneció oculto a todos los mortales, excepto a su cohabitante. Podría también enumerar al beatísimo Martín; quien, como si en parte hubiera abandonado el oficio episcopal, se ausentó completamente de los concilios sinodales durante casi quince años antes de su muerte, para vivir más familiarmente con Dios.

Tampoco sería inapropiado añadir al beato Gaudioso, quien, mientras ocupaba la cátedra de la Iglesia de Abitina, que es de la diócesis africana, huyó con los santos Quodvultdeus y otros prelados cuando los vándalos devastaron África, y fundó un monasterio en la ciudad de Parténope. Si él huyó para escapar de las espadas de los vándalos, ¿cuánto más debo yo huir de las trampas de la muerte eterna?

Sergio, metropolitano de Damasco, podría también ser anexado a estos, quien, por amor a Cristo, dejó su Iglesia y llegó como peregrino a Roma; encontrando la basílica de los beatos

Bonifacio y Alejo casi desprovista de oficios sacerdotales, acudió al obispo Benedicto de la sede romana y, con sus súplicas, obtuvo permiso para establecer allí la regla monástica. Allí, después de mucho tiempo, vivió religiosamente y terminó su vida.

El beato Gregorio, como se encuentra en la historia de su registro, dio a tres obispos, a saber, de la primera Justiniana, de Ariminio, y a un tercero por la sola enfermedad de la cabeza, la libre facultad de abandonar sus Iglesias, y no les negó el derecho de nombrar sucesores, reservándoles el necesario sustento de las Iglesias que dejaron. Quien lea las cartas enviadas a Anatolio, subdiácono de Constantinopla, a los obispos Mariniano de Rávena y Aetherio, no podrá dudar de esto.

CAPÍTULO XI. De otros tres obispos que también abandonaron sus Iglesias.

Al unir a estos tres obispos, que dejaron sus Iglesias por consejo del B. Gregorio, a los veinticuatro obispos que enumeramos anteriormente, y al añadir a los beatos Gaudioso y Quodvultdeus, así como a Sergio, el metropolitano de Damasco, encontramos sin duda treinta obispos que, por amor divino, renunciaron a sus sedes. Que me diga el investigador de los antiguos, que me diga cualquier indagador de historias o anales, ¿qué pontífice de la sede apostólica se opuso alguna vez a tantos santos padres que abandonaron la custodia pastoral? ¿Quién de ellos reprendió a alguno por medio de cartas de legación o lo condenó por sentencia sinodal? Que me diga, digo, o si no puede encontrar nada que afirmar, que muerda su lengua atrevida con los dientes, y no me ataque con injustas difamaciones.

¿No es cierto que el papa Benedicto, a quien mencionamos anteriormente, también se privó de la administración del culmen apostólico y estableció a Gregorio, llamado Graciano, como su sucesor en la sede romana? Sobre esto, cuando el concilio sinodal discutió en presencia del emperador Enrique, porque hubo venalidad, fue depuesto quien lo recibió; no fue excomulgado quien lo dejó.

Por otro lado, podemos presentar al B. Benedicto como un gran ejemplo de imitación, quien sin duda dejó el gobierno que le fue encomendado.

También recordamos a Leo, abad de Nonantula, quien, mientras aún llevaba la apariencia clerical y, habiendo regresado de Jerusalén después de cumplir con su devoción, organizó su vida de tal manera que no poseía nada más que un solo asno. Con él recorría diariamente los bosques y pastos, recolectando materiales para proporcionar a los hermanos lo necesario para la naturaleza. Después de completar esta gloriosa obra de sus manos y recitar el salterio con la misma dedicación, el santo presbítero se acercaba a ofrecer los sagrados misterios a Dios, no sin muchas lágrimas. Posteriormente, fue llevado violentamente al gobierno del monasterio, y decía, (lo que yo mismo, infeliz, frecuentemente deploro) "He sostenido a Jesús por los pies, y ahora, miserable y ciego, giro las ruedas del mundo". Apenas después de dos años, devolvió el báculo pastoral en manos de Otón, quien entonces gobernaba el imperio; luego, permaneciendo en San Bonifacio dentro de las murallas de Roma, de todo lo que le quedaba de esta vida, no procuró nada más que los estipendios de la vida eterna. A su sepultura, se dice que un ciego que vino fue restaurado a su vista original.

Pero para que no se nos note que, por falta de ejemplos de obispos, hemos recurrido a ejemplos menos apropiados de abades, sin cambiar el nombre, el arzobispo Leo de Rávena, tan pronto como la parálisis le afectó la boca, renunció a la cátedra, y así privado, sobrevivió casi cuatro años. A él le sucedió Federico, durante el feliz reinado de Otón III, y le delegó posesiones eclesiásticas no pobres para su sustento.

Apoyado, pues, en la autoridad de estos y otros Padres, renuncio irrevocablemente al episcopado y a los monasterios en sus santas manos, y corto todo derecho de plantear en el futuro cualquier cuestión o reclamación; y porque por mis innumerables pecados no soy digno de permanecer en la dignidad eclesiástica, que la divina misericordia me conceda, por sus santas oraciones, venerable padre, permanecer en el luto y la penitencia durante el resto de mi vida. Confieso que, siendo criminal y vicioso, llegué a este honor no sin reproche, y en él viví de manera reprochable; por lo tanto, me pareció seguro deponerme voluntariamente, en lugar de enfrentar la sentencia de deposición ante el tribunal del juez temible en presencia de todos los ángeles y hombres, bajo la condena eterna. Pero ya basta de esto: Que el Dios Todopoderoso, quien con el incomprensible consejo de su dispensación, me ha derribado de la ambición de obtener el gobierno, y los ha elevado a ustedes a las alturas del culmen eclesiástico, inspire a su santo corazón, del cual es habitante, a enviarme mandatos a través de las sagradas letras que puedan concordar con mis votos y deseos.

Bendito sea el nombre del Señor.